

La vida de una vaca

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Juan Pablo Meneses
Derechos exclusivos de edición
© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia,
Santiago de Chile

Imagen de portada: Ignacio Serrano
Diseño: Isabel de la Fuente

Inscripción: A-1254
1ª edición: abril de 2020

ISBN:

Impreso en:

JUAN PABLO MENESES

La vida de una vaca

 Planeta

«Los conejos, que en su vida habían visto una
vaca, las miraban con asombro».

ROBERTO BOLAÑO, El gaucho insufrible

«Anderson no dejó de preguntarle a Caparrós
si Meneses vivía realmente con una vaca y si esa
vaca era realmente de Meneses».

MARÍA MORENO

En esta historia todos los nombres de personas son reales. Los hechos también lo son, aunque a veces lo parezcan menos.

Abre paréntesis

En este instante millones de vacas pastan por todo el mundo mientras las bandejas con trozos de carne congelada van y vienen entre barrios, ciudades, países y continentes. Los números del consumo saltan y giran entre cuentas bancarias conectadas entre sí; la producción no se detiene ante nada, no importa la hora ni la época del año ni el lugar del mundo ni la temperatura del planeta ni los cambios en la Tierra. Hay vacas que están por parir y terneros que están siendo destetados o marcados o castrados o vendidos o inyectados o clonados. Por las carreteras transitan camiones cargando cadáveres de vacas, vaquillonas, terneros, novillos y toros, con destino a mercados grandes y chicos, donde saldrán a la venta en las próximas horas. Hay rematadores que están comenzando a golpear el martillo y consignatarios que acaban de adquirir una nueva partida de animales. En los frigoríficos y mataderos los ganados entran vivos y ahí adentro mueren, antes de ser colgados en ganchos donde irán perdiendo, lentamente y a filo de cuchilla, las distintas partes de su cuerpo.

En algún lugar hay un niño que está comiendo el primer pedazo de carne de su vida, y en otro un viejo que la mastica por última vez. En este instante hay restaurantes

donde los clientes revisan la carta antes de pedir un corte jugoso, a punto o bien cocido. Y hay funcionarios públicos revisando las cifras del mercado de la carne, mientras organizaciones de la salud estudian los efectos de su consumo, y un youtuber parrillero besa y acaricia una tira de costillas antes de tirarla sobre esa rejilla ardiente que cubre las brasas y deleita a sus seguidores. En el mundo, hay una madre que sale de casa con dirección al supermercado, donde comprará los tres bifes para la comida de esta noche. Los carniceros afilan cuchillos mientras, en las agrupaciones animalistas y en las fundaciones vegetarianas y veganas, se analiza la próxima acción para promover una vida sin maltrato animal y con consumo de proteínas vegetales. En este instante hay galpones con bovinos que se alimentan en pequeños cubículos, por medio de tubos donde transitan los químicos que los harán engordar a buen ritmo, y también hay estancias, tan amplias como miles de canchas de fútbol, donde el ganado pasta libremente por días enteros. Hay moladoras que trituran cortes de carne que luego serán nuevas hamburguesas, para alguno de esos millones de locales de comida rápida que existen en todo el mundo, y donde en este mismo instante hay una larga fila en espera para hacer, cada uno, un pedido personalizado de músculos recién triturados con papas fritas. Hay equipos de científicos analizando nuevas fórmulas para generar vacunos genéticamente perfectos, o kilos de lomos sintéticos a partir de un puñado de carne verdadera. También hay laboratorios alimentados por multimillonarios, enfocados en descubrir la carne totalmente artificial, al mismo tiempo que pequeños ganaderos ven su negocio a punto de irse a la ruina, y grandes grupos económicos afilando los dientes para tragarse a esa nueva víctima.

Hay carnicerías con amplia variedad de jugosas ofertas, y hay un asador anónimo que prepara el fuego en silencio, solitario, y que olvida los problemas económicos lanzando un bife a su parrilla para uno. Hay vacunos que están siendo peinados para salir a competir en un concurso de belleza animal, y hay agricultores implorando que llueva, porque la lluvia es parte fundamental del negocio y de esta historia. En estos instantes hay lugares del mundo donde la vaca es sagrada, y hay sitios donde el ganado y los bistec apenas se ven. Hay ciudades donde el kilo de lomo cuesta más caro que un teléfono celular, y países donde la gente está dispuesta a matarse por una pierna de ternera. Hay científicos calculando el impacto ambiental de los gases que sueltan los vacunos, y expertos de la F.A.O. que han confirmado el negativo impacto de la industria ganadera en el calentamiento global. Todo ocurre en este instante, tal como pasó ayer y sucederá mañana. Porque el consumo de carne es el más exitoso de los consumos: no se detiene ante nada y crece junto al aumento de la población mundial. Esa misma que alguna vez comió solo vegetales y que, con el avance del tiempo y el desarrollo del humano depredador, se transformó en una especie carnívora.

Cuando me compré una vaca, una ternera recién nacida, intenté abrir un paréntesis en aquella desenfrenada carrera por comer animales. Era el inicio de la trilogía *Periodismo Cash*, que consiste en comprar —con dinero en efectivo— al protagonista de la historia: en este caso, pagaba por un bovino de pocos días para seguir su vida y mostrar cómo depredamos seres animales para alimentar nuestros cuerpos. La compra se concretó en la Argentina, uno de los países con la carne más famosa del mundo y

donde las vacas y el asado son considerados parte de la soberanía nacional. La idea, desde un comienzo, fue seguir su desarrollo desde que nace hasta que llega al plato, al cuchillo y al tenedor.

Durante los años que tuve mi propia vaca vi nacer, enfermarse y morir diferentes tipos de vacunos. Estuve en remates pequeños y en importantes subastas ganaderas. Leí libros en contra y a favor del consumo global de animales. Conocí empresarios agresivos que han hecho fortunas entre frigoríficos y mataderos, y estuve en un canal de televisión donde los bovinos tienen su propio noticiero. Visité lugares donde se hacen asados masivos, con grandes fogatas callejeras en las que se van dorando los animales y el asado es para todos. Estuve en ciudades que fueron abandonadas por la industria ganadera y en cuyas calles hoy, en vez de toros y vacas, reinan perros, gatos y ratones. Publiqué en diferentes medios de América Latina y Europa la historia de mi vaca argentina y recibí, desde el primer día, mensajes de lectores: algunas voces apoyaban que al final del libro sacrificara el vacuno para hacer un gran asado, otros muchos se quejaban. Si bien mi idea era mostrar cómo trabaja esta industria, y seguir paso a paso su cadena de producción, muchos comenzaron a exigirme clemencia con *La Negra*. Como si por primera vez entendieran, o comenzaran a entender, que el lomo vetado o la tira de asado viene de sacrificar al animal.

Por eso, los tres años que duró la investigación dudé entre cerrar el proyecto comiéndome la vaca, vendiéndola a un matadero o dejándola pastar hasta el último de sus días.

Hasta que, en un momento, llegó el final.

Para terminar la historia, hice una llamada telefónica al Hotel del Sol, en La Plata.

Confirmé dos noches de alojamiento.

Cerca de ahí, en un campo de Magdalena, nació y se crió mi vaca. Como en toda historia real, las cosas fueron cambiando en el camino. Compré una ternera para entender cómo un país logra obsesionarse con la carne y cómo una civilización ha creado esta industria global entorno al consumo de animales. Pero al final, terminé yo mismo viviendo con una vaca en la cabeza. Me compré un animal para comerlo, y muchas veces sentí que él me estaba tragando entero, con huesos y alma.

—¿Y cómo está tu vaca? —era lo primero que me preguntaban cuando me juntaba con alguien. La historia del animal se había publicado, se había expandido, y había tenido seguidores y lectores mucho antes de que todo esto terminara en un libro.

—¿Mi vaca? Ahí está, tranquila —solía responder, automáticamente.

—¿Todavía no la mataste?

—No, sigue creciendo. Crece y crece —respondía siempre, porque siempre me preguntaban por ella.

Hasta que decidí ponerle punto final a su historia. Tomé un taxi hasta Cerrito, en Buenos Aires, a un costado de la avenida 9 de Julio. Ahí se paraban los buses para ir a Magdalena y La Plata. El taxista era un flaco de barba seca y tatuaje sobre los nudillos de la mano derecha. Me dijo que combatió en Malvinas. Y no sé cómo llegó tan rápido a esa charla, pero a las pocas cuerdas ya me iba contando detalles de sus días de combate contra los ingleses y de un amigo muerto en sus brazos y de la poca ayuda del gobierno a los veteranos y de tantos ex combatientes que se han suicidado y de lo mal que estuvo Chile en asistir a Gran Bretaña durante el conflicto. Si bien traté de ocultar mi

acento chileno, fue algo que no pude disimular en todos mis años viviendo en Buenos Aires. El taxista-combatiente me lo descubrió en seguida y aceleró. Pasamos rozando los vehículos vecinos, zigzagueando entre autos que regresaban a casa después del día laboral, mientras me seguía contando detalles. En un momento me dieron ganas de preguntarle por el tema de la carne durante la guerra, de los supuestos embarques de asado que se les enviaban a los soldados pero que nunca llegaron hasta Malvinas porque otros se los comían en el camino, o por las historias que se cuentan de combatientes sumidos en una desesperada abstinencia que solo lograban calmar matando vacas en la isla y asándolas con el resto del pelotón. Pero preferí dejar de escucharlo. Los autos pasaban y pasaban por mi ventanilla. El taxista movía sus manos y seguía hablando, relatando escenas de la guerra sin importar si alguien lo escuchaba, proyectando ese corto en pleno campo de batalla que de seguro no lo deja dormir, ni despertar, y que lo tenía manejando un Peugeot 504 todas las tardes y noches de posguerra hasta que, supongo, llega un momento en que el cansancio lo tumba tan fulminante como si le metieran una bala grande por la nuca y así por fin se desploma sobre la cama deshecha de la que despierta al día siguiente sobresaltado, creyendo otra vez que ha despertado en pleno frente de combate. Hasta que comprende que ya pasó, que ya han pasado muchos años.

Creo que tener una guerra dentro de uno, con muertes y gritos en la trinchera y torturas y disparos silbando cerca de la oreja, es más duro que llevar encerrada en la cabeza una simple y solitaria vaca. Pero en ambos casos, estoy seguro, el tiempo afuera de nosotros corre sin que nos demos cuenta: hasta que descubrimos que han pasado muchos

años. En mi caso, se habían cumplido tres desde que me compré la ternera. Y había llegado el momento de terminar con todo esto. Por eso es que pagué el taxi, le desee suerte al taxista y subí al autobús que me llevaría al campo.